

Identidad docente: intento de descripción de un territorio*

Teacher's identity: An attempt to describe a territory

Cristiàn Desbouts

Università Pontificia Salesiana, Roma
cristian@unisal.it

Recibido: 2 de diciembre de 2012
Aceptado: 7 de diciembre de 2012

Resumen

Los docentes deben hacerse cargo de la contención emocional de sus alumnos; los maestros y maestras debemos asumir las tareas de los trabajadores sociales; tenemos como docentes que dar respuesta a los problemas causados por la difícil situación socioeconómica que viven nuestros alumnos... Hoy, frases como éstas son frecuentes en las conversaciones de docentes y no docentes. Todas ellas, de un modo u otro, hacen referencia a la identidad docente; todas tratan de decir su verdad sobre qué es hoy ser docente. Obviamente, no todas hacen referencia al proceso de aprendizaje o a problemas pedagógico-didácticos. ¿Cuál es entonces la identidad del docente? ¿Qué encierra la palabra "docente" en su significado para la sociedad de hoy? Trataremos de hacer un acercamiento a la definición de una identidad docente pero no buscando una definición única y dogmática,

sino poniendo de relieve algunos paisajes que permitan identificar este territorio. Nuestra posición será entonces la de un cartógrafo que trata de asomarse al mundo a través de los datos que su propia observación le ofrece (siempre que tenga la posibilidad de viajar a la tierra que está tratando de representar), o datos que le vienen de las narraciones de los que han viajado ya por ese rumbo, o a través de las representaciones que otros antes que él realizaron. Ciertamente, como todo mapa, nuestra representación no será un producto terminado, sino un intento más de presentar a otros hombres y mujeres los signos que les permitirán orientarse en el territorio y que ellos mismos enriquecerán con sus aportes personales.

Palabras clave

Identidad, identidad docente, pasión educativa, interioridad, cuidado, amor.

* Artículo presentado en el International Forum of Teacher Formation, 14-16 de noviembre, 2005, en Shanghai.



Abstract

Teachers should care for the emotional stability of their students, teachers must take on the work of social workers, teachers have to answer to those problems caused by the difficult socio-economic situation facing our students... Today, phrases like these are common in discussions among teachers and non-teachers. All of them, one way or another, relate to teachers' identity, and all are trying to tell their own truth about what is like being a teacher today. Obviously, not all refer to processes of learning or teaching learning problems. What is then the identity of a teacher? What does the word "teacher" encapsulate in its meaning in today's society? We will try to make an approach to the definition of a teacher's identity but not looking for a single, dogmatic definition, but

by highlighting some landscapes that will identify this territory. Our position will be, therefore, that of a cartographer trying to peer into the world through his own observations (provided he has the ability to travel to the land he is trying to represent), or with data from narratives of those who have traveled there already, or through representations made by others before him. Certainly, like any map, our representation will not be a finished product, but an attempt to present to other men and women signs to orientate themselves in this new territory and that they themselves will enrich with their personal contributions.

Keywords

Identity, teacher's identity, educational passion, educational eros.

¿Qué entendemos por identidad?

Ciertamente, el primer problema que se presenta a quien quiere adentrarse en la tierra de la identidad profesional, es el de identificar primero el continente en el que se encuentra dicho territorio.

En el caso de la identidad profesional, el continente es el de la *identidad personal* y, más específicamente, el de la *identidad del adulto*, tantas veces explorado por diversas corrientes psicológicas del siglo XX. De Freud a Lapassade, pasando por Jung, Adler y Ericsson, el tema de la identidad ha sido ampliamente tratado, presentado desde diversos puntos de vista y discutido. Para no repetir lo ya dicho por otros autores con mucha más competencia, presentaré sintéticamente los que me parecen son aquellos componentes fundamentales de la identidad del adulto.

La identidad es un proceso. Para algunas escuelas de psicología, el proceso de desarrollo de la identidad terminaba alrededor de los 20 años (Piaget, Freud, por ejemplo); ha sido la obra de Erik Erikson la que ha permitido describir las dinámicas evolutivas posteriores a los 20

años. De todos modos, en todas las posiciones psicológicas, se ha reconocido que el construirse la identidad es un proceso que tiene lugar a lo largo de toda la vida personal. En la posición de Jung, por ejemplo, se logra una redefinición de la importancia de la edad adulta (que es la que nos interesa), ya que el autor sostiene que en la mediana edad se da una suerte de regeneración personal que él llama *individuación* (Jung, 1930). Este proceso permite al sujeto dejar su estado de indiferenciación originaria para emanciparse a través de la *diferenciación* requerida por la edad adulta (Demetrio, 2003).

Erikson concibe al adulto como aquel que actúa para conquistarse una *autonomía funcional* y, por lo tanto, sabe prefijarse la consecución de fines que trascienden, en parte, sus necesidades pulsionales. Reconoce en el adulto "el carácter de una fase evolutiva y conflictiva muy específica y no ya, como había sucedido en el pasado, el carácter de la etapa de madurez y conclusiva de todo desarrollo" (Erikson, 1984). Estas consideraciones las realiza Erikson en el marco de su teoría, en la que propone la existencia de *ocho estadios diversos* en el arco del ciclo vital del individuo y elabora una teoría del cambio



en el sujeto. Según ésta, una cualidad evolutiva prevalece en un momento de la vida, a la cual le sigue una crisis y el sucesivo prevalecer de otra cualidad evolutiva. El cambio es percibido como la necesidad de superación del “estancamiento” de un estadio precedente (Demetrio, 2003: 48). No hay, entonces, construcción de la identidad, sino un proceso constante de cambio.

La identidad se construye con elementos propios del individuo y con elementos provenientes del ambiente sociocultural. En este punto es importante considerar las teorías del psicoanálisis social (Adler, Fromm, Sullivan y otros). Opuestas a un cierto naturalismo freudiano, estas teorías ponen de manifiesto la importancia de las influencias que el individuo recibe del ambiente socio-cultural en el que vive y que ayudan –o dificultan– a la estructuración del yo. Para Adler, por ejemplo, el adulto tiene que vérselas siempre con las relaciones interpersonales que lo obligan a superar sus *sentimientos de inferioridad* presentes en el origen del psiquismo infantil en contraposición al adulto–padre.

Henry Stack Sullivan centra su atención en las modalidades por las cuales el sujeto aprende a alcanzar un nivel de seguridad suficiente que le permita apagar la angustia que deriva de la difícil satisfacción de sus necesidades. La identidad, según este autor, es la síntesis que llamamos “personificación” y que lleva a la persona a diferenciarse de los demás a través de la experiencia de sí mismo (Demetrio, 2003). En cualquier caso, estos procesos de diferenciación–individuación, serían imposibles si se tienen en cuenta solo los aspectos incipientes en la persona. No hay desarrollo de la identidad sin un constante intercambio del individuo con el medio socio-cultural, comenzando desde la primera relación fundante hijo/a-madre y pasando por toda la gama de relaciones interpersonales que caracterizan cada etapa evolutiva.

Desde su identidad progresivamente definida, el individuo se relaciona responsablemente con el mundo. Este elemento de responsabilidad

frente al mundo se halla ya presente en el tratamiento que Erikson hace sobre la edad adulta, caracterizándola por el *cuidado del otro*, que no es otra cosa que asumir la responsabilidad de acompañar el crecimiento, primero de la prole y luego de todos aquellos con quienes el adulto se relaciona. En esta relación con el mundo Erikson incluye también un elemento que otros no habían tenido en cuenta al tratarse de la edad adulta, y tiene que ver con el elemento *lúdico*. Gracias a la dimensión lúdica se aligera la “seriedad social” y permite al adulto afrontar creativamente situaciones de conflicto. En la visión de George Lapassade, el adulto se “sumerge” en el mundo poniéndose en crisis porque ésta hace que el hombre se “crea” como hombre y esta resolución de la crisis es posible gracias también al elemento de *creatividad* que caracteriza al adulto sano, que no teme la crisis, sino que busca modos diversos de resolverla (Demetrio, 2003).

Dentro del campo de la identidad del adulto, la identidad profesional se define como *el modo en el cual una persona adulta encarna los valores propios de una determinada profesión y adquiere y desarrolla las habilidades necesarias para desempeñarse con eficacia en el mundo del trabajo*.

Ahora bien, dentro de la identidad profesional, ¿qué podemos decir de la identidad docente? De modo general, podemos decir que la identidad del docente se construye en la interacción de dos discursos, uno centrado en el alumno y otro centrado en el aspecto sociocultural. Este proceso de construcción no es otra cosa que un proceso de negociación social, fuertemente influenciado por la que cada docente ha tenido cuando era alumno/a y fuertemente arraigada en los conceptos pasados y presentes de poder (Barty, 2004). Como en la construcción de toda identidad profesional, diversos elementos que conforman la identidad general influyen sobre la identidad del docente y afectan, por lo tanto, el modo en el cual los docentes enseñan. Según Gaudelli (citado en Barty, 2004):



Los elementos de identidad que parecían afectar la pedagogía de cada maestro variaba. Las categorías de identidad maestros incluían: sexo, (anterior) ocupación, religión e identidad étnica. Los maestros, debido en parte a su identidad, enseñaban de manera diferente, especialmente con respecto a la forma en que seleccionaban el contenido, la cantidad de tiempo y el énfasis puesto en los temas y cómo caracterizaban el contenido del curso en relación con su identidad.

Tratemos de ver algunos de los elementos que pueden servir como *punto de referencia* para este territorio complejo de construcción de una identidad docente.

Los paisajes del territorio de la identidad docente

Creo que no está por demás recordar lo que he dicho en la introducción, mi posición no quiere ser dogmática, quiero simplemente poner en relieve algunos *puntos de referencia* que son fruto de mi propia experiencia como docente y como formador de docentes, tanto en la etapa de preparación al trabajo como en la etapa de formación en servicio. Cada uno puede agregar a estos indicadores aquellos propios de la cultura de su tierra, de su experiencia personal, de las políticas educativas de cada nación.

El camino del estudio. En todos los estudios sobre los docentes se insiste sobre la importancia de la *formación* en todas las etapas de la vida del docente. No cabe duda que el elemento de la formación intelectual es hoy, más que nunca, de vital importancia para aquel que quiera acompañar el crecimiento de los demás. La velocidad de los cambios, la globalización del conocimiento, los descubrimientos científicos que se verifican casi a diario, hacen imposible de quien educa, si desea realmente ayudar a la educación integral de sus alumnos, se conforme con lo que ha aprendido en su formación inicial o con la participación esporádica en algunos cursos de actualización.

Creo que el camino que atraviesa el territorio de la identidad docente, es el camino del *estudio*. Pero un estudio que no se lleva a cabo solo para satisfacer la *curiositas*, sino para desarrollar la *studiositas*. El docente es quien trata, en su función modélica, de encarnar esta virtud, ya considerada y definida desde la época medieval.

Los campos de la niñez/adolescencia. En el territorio de la identidad docente, como sucede con otras profesiones asistenciales, un lugar privilegiado corresponde a los destinatarios de la acción del docente, en general, niños y adolescentes estudiantes. Al mirar, entonces, el mapa de la identidad docente que estamos construyendo, uno de los puntos de referencia que no podemos dejar de lado es el de las tierras de la niñez y la adolescencia.

Si bien es cierto que los temas relativos a la psicología y la biología de la niñez y de la adolescencia, forman parte de prácticamente todos los programas de formación docente en la etapa de formación inicial, pareciera que los docentes ya en ejercicio de la profesión, no profundizan ni actualizan estos temas. Se quedan con imágenes creadas durante la formación inicial y, por lo tanto, no llegan a darse cuenta que los campos cambian constantemente y lo que ayer se consideraba un desierto puede ser hoy un vergel.

El docente debe adquirir la habilidad de observar constante y atentamente el campo de sus alumnos. Debe saber descubrir lo bueno que encierran esos campos (aunque a veces suceda como con el petróleo o los metales preciosos, que solo se los descubre después que se ha realizado un largo y cansador trabajo de perforación del suelo), penetrar en ellos para poder entenderlos mejor. También debe ser capaz de descubrir los peligros que encierran las zonas desertificadas, aquellas que necesitan de mayor cuidado, la cizaña que en ellos crece peligrosamente.

Es desde esta cartografía de los campos de la niñez/adolescencia que el docente traza los caminos a seguir en su acción didáctica y no desde los últimos métodos leídos o las últimas teorías descubiertas. Libros y teorías didácticas,



nuevas metodologías, tienen sentido en la medida en que respondan a la realidad sociocultural de los estudiantes en el marco de un determinado sistema educativo, ya que centrar la atención en los estudiantes no implica dejar de lado el marco del sistema educativo nacional, sino saber lograr *el delicado equilibrio entre la institución educativa y la realidad cambiante de los sujetos de la educación*. El docente que intente realizar su tarea sin mirar a esos campos es como un cartógrafo que quiere trazar el mapa actual de un país teniendo en cuenta solo los elementos que le proporcionan relatos o imágenes del siglo pasado. Terminada su labor, lo único que habrá logrado es haber realizado un complejo trabajo sin ninguna relevancia para la actualidad, ni incidencia sobre quienes lo usen.

Los ríos de la pasión educativa. Siempre se ha reconocido en el hombre la presencia de una fuerza que lo lleva a dirigirse hacia los demás. Esta fuerza fue llamada por los griegos *eros*. En la profesión docente, esta fuerza vital lleva al docente a no dirigirse hacia el otro como recipiente vacío que se debe llenar con el saber que el maestro posee, sino a ir hacia el otro como persona productora de conocimientos y sentidos, movido por una *pasión por el crecimiento del otro*. A esta pasión por el crecimiento del otro, a través de la acción educativa, la llamo *erótica docente*. El docente es aquel que deja correr en su corazón —y desde éste hacia los alumnos— esta pasión que lo mueve a comprometer todas sus potencialidades en aras del crecimiento del otro. De este encuentro con el otro, en el río de la erótica docente, nacen también las oportunidades para el propio crecimiento personal del docente, ya que la fuerza vital del *eros* encierra en sí misma la necesidad de desarrollo de la persona.

Creo que uno de los problemas más difíciles de resolver hoy en la formación del docente es esta falta de pasión docente, de pasión educativa. Todavía tenemos miedo de la pasión, quizás por la connotación negativa que en algunas culturas ha tenido, tal vez por la dimensión de compromiso que conlleva... Pero la realidad es que no se

puede educar sino desde ese río de pasión educativa que debemos ser capaces de reconocer en nosotros y dejar correr.

Como todo río, tendrá sus tramos de aguas tranquilas y sus tramos de aguas turbulentas, pero nunca dejará de correr. Creo que hemos puesto demasiados “diques” a la fuerza de la erótica docente. Diques que pueden llamarse: pasión por la excelencia (término totalmente empresarial), eficacia metodológica (visión completamente positivista y neoliberal del fenómeno educativo), distancia educativa entre el profesor y el alumno, etc. Cada cultura, cada política educativa, ha puesto sus frenos a esta pasión. ¿No será que en realidad llevamos en nuestro corazón el miedo a la pasión? ¿No será que al sistema neoliberal no le convienen personas que se apasionen por el crecimiento de los demás y, apasionándose, formen personas no dispuestas a ser un engranaje más de un sistema moderno y sofisticado de esclavitud?

Si no encontramos en el territorio de la identidad docente este río de la pasión educativa, no es raro que un porcentaje alto de docentes (como demuestra una reciente investigación realizada por la UNESCO en algunos países latinoamericanos) quiera dejar el aula y pasar a tareas burocráticas dentro del ámbito educativo o abandonar completamente la tarea educativa.

Las cimas de la interioridad. No es casual que hable de las cimas de la interioridad después de haber tocado el tema de los ríos de la erótica docente. Las montañas y sus nieves eternas son generalmente las fuentes de las que surgen los ríos. En el territorio de la identidad del docente, el río de la pasión educativa nace de las cimas de la interioridad. Nunca como en estos últimos 10 años se ha hablado tanto de la necesidad de cultivar la interioridad del docente. Interioridad que no implica, de por sí, una fe religiosa, sino un profundo autoconocimiento y un contacto con las surgentes más profundas del propio corazón que pueden, en la persona creyente, abrirse al encuentro con el Otro por Excelencia, con el Absoluto.



El docente transmite un fuerte sentido de identidad y de integridad a su trabajo, crea un complejo tejido de relaciones consigo mismo, con los otros y con el campo de la ciencia en el que se especializa y desarrolla su trabajo partiendo del corazón, entendido éste como el lugar de unidad del intelecto, la vida emotiva y la espiritualidad. En su camino de formación, el docente debe afrontar la ascensión a las cimas de la interioridad y esta ascensión lo debe ayudar a descubrir su propia identidad y su integridad —entendida ésta como *la percepción de un sentido de totalidad y permanencia en lo profundo de todas las fuerzas que constituyen la vida de la persona*—y, por lo tanto, al descubrimiento de sí mismo para que pueda vivir con alegría y profundidad su misión de educador. Hablo de ascensión al referirme a este proceso, porque se trata de encarar un camino que tiene sus momentos duros, sus tramos difíciles y hasta peligrosos, sobre todo cuando la persona se va enfrentando a las zonas de sombra, en las que nunca pudo o quiso ver qué se esconde, y las zonas de sol enceguecedor, en las cuales puede caer en la tentación de no seguir adelante porque siente que ya ha llegado a la cima. Este descubrimiento de las cimas de la interioridad del propio corazón, tiene una dimensión personal y una dimensión comunitaria. En el campo del alpinismo, son raros los alpinistas solitarios, en general las cimas se afrontan en equipo, en comunidad. Lo mismo sucede en el camino que conduce al propio corazón. Es en comunidad como se llega a ver con claridad qué ruta seguir, cómo afrontar las sombras y cómo evitar los espejismos o la muerte por congelamiento. La falta de ríos de pasión educativa en los docentes, muchas veces no es otra cosa que el signo externo de la muerte por congelamiento, del endurecimiento y enfriamiento del propio corazón.

El bosque del cuidado de los otros. Hemos mencionado previamente como uno de los puntos de referencia de la identidad, la necesidad que tiene el docente de ser cartógrafo de los territorios de la niñez/adolescencia. Ahora bien,

no basta con saber trazar los mapas de estas tierras siempre cambiantes, sino que es necesario *cuidar de esos territorios, cuidar de los niños y adolescentes*. Esto implica adentrarse en el muchas veces oscuro y temido bosque de las relaciones entre docente y alumno.

Hay docentes que se adentran en este bosque con la intención de tomar posesión de cada uno de los árboles que lo conforman. Se sienten con el derecho de decidir qué árbol debe crecer y cuál debe ser talado. Son ellos quienes determinan la vida o muerte de las plantas que conforman el bosque y el sotobosque. Son aquellos docentes que desarrollan una afectividad posesiva que más que ayudar a crecer, simplemente realiza un proceso de selección de los alumnos y los clasifica en inteligentes o no, en simpáticos o no, en dóciles o rebeldes. Por supuesto que este tipo de docente solo cuida de los alumnos inteligentes, los simpáticos y los dóciles.

Otros docentes buscan que el bosque crezca y se acercan a cada árbol a cada planta para regarla con los productos que ellos consideran necesarios para su crecimiento. Miran el bosque siempre desde lejos, como banco de prueba de sus teorías y sus métodos. Son los docentes que quieren cuidar de sus alumnos, pero sin comprometerse con sus aspiraciones, sus diferencias, sus necesidades.

Algunos docentes se adentran en el bosque —a pesar de haber trazado los mapas de los territorios de la niñez/adolescencia— con la mirada del extranjero. Esta mirada los abre al asombro, al descubrimiento de rasgos nuevos en los alumnos ya conocidos. Saben detectar los nuevos brotes y reconocer los posibles peligros que amenazan el crecimiento del estudiante. Para estos docentes, no es tan importante comprobar sus teorías o sus métodos, sino que el bosque crezca a su ritmo, que desarrolle la identidad que le es propia. Estos docentes cuidan de sus alumnos guiados por una palabra clave, *empoderamiento*, entendida no como un simple compartir el poder con los otros, sino como la capacidad de ayudar a “poner de pie” a quien está caído o minusvalorado, como



capacidad de “ayudar a redescubrir” la palabra escondida —o enmudecida— en el corazón del otro. Cuidar de los alumnos no es entonces una simple actividad de servicio social, sino un verdadero compromiso con la vida de los alumnos, un verdadero reconocimiento de sus características particulares para ayudarlos, para desde ellas desarrollar al máximo sus potencialidades, sin estándares que alcanzar ni medidas universales para determinar cuánto han crecido.

Los sembradíos del amor a la propia nación y el mar de la apertura al mundo. La identidad, como hemos dicho, está determinada no solo por elementos personales, sino por elementos provenientes del ambiente sociocultural de la propia nación. Considero que el amor a la propia nación y el conocimiento de la propia cultura, constituyen uno de los principales paisajes de la identidad del docente. Pero no se trata de un amor a la propia nación y a la identidad nacional adquirido en los libros, sino en el compromiso cotidiano con el acontecer de la propia comunidad, de la propia ciudad, del propio país. Por eso lo he ubicado en esta cartografía en los sembradíos; no es cosecha ya realizada, es siembra, es espera, es constante crecimiento. No se trata aquí de favorecer nacionalismos estériles, sino de cultivar un verdadero amor a la nación que permite —justamente porque no se trata de un nacionalismo— abrirse al mar del mundo globalizado sin disolverse en él. Creo que el mar del mundo globalizado debe enriquecerse con los aportes propios de cada nación y no transformarse en un elemento homogeneizador, en el cual se pierden las riquezas de la diversidad cultural y, por lo tanto, se corre el riesgo de anular las identidades individuales de cada pueblo. Lo que es alarmante es que esta “homogeneización de las culturas” se produce siempre a partir de la cultura dominante, por lo tanto, la globalización puede convertirse (sin el desarrollo de identidades nacionales profundas abiertas a unirse en la diversidad) en una forma velada de colonialismo.

En la formación inicial o permanente de los docentes —como, por otra parte, no podría

ser de otra manera— muchas veces hacemos referencia al mundo globalizado y a la necesidad de integrarse a este mundo, pero sin enfatizar, al menos en el mismo nivel, la necesidad de profundizar la identidad nacional como un elemento importante para la formación de la propia identidad personal y profesional. ¿No es que esta falta de profundización de la identidad nacional, lleva a una falta de compromiso de los docentes con el sistema educativo nacional? Por otra parte podríamos preguntarnos, ¿se puede educar en una determinada nación sin haber profundizado en lo que implica pertenecer a ella? ¿Se puede acompañar al desarrollo de la identidad de los alumnos, sin ayudarlos al mismo tiempo a conocer y amar más a su propia nación?

Como decía al inicio de este párrafo, no se trata de un elemento que llega a un punto máximo, sino de sembrar, esperar y dejar crecer en el corazón del docente.

A modo de conclusión

Ciertamente no he presentado un panorama completo del territorio de la identidad del docente. Por otra parte, ningún mapa es definitivo. Simplemente he tratado de ser “extranjero en mi propia tierra” para poder distinguir, como cartógrafo, los elementos que se presentaban a mi vista como puntos de referencia de este territorio. Creo que quedan abiertos al menos dos desafíos al cual cada comunidad de formación docente podría tratar de responder: ¿cuáles son los puntos de referencia de la identidad docente en cada una de las naciones de las que provenimos?, y ¿cuáles son los posibles caminos a recorrer para formar/fortalecer la identidad del docente en cada nación?.

Que podamos conservar la mirada aguda del cartógrafo y su capacidad de escuchar las narraciones de los otros para poder seguir creciendo en el conocimiento del territorio de la identidad docente que, para muchos de nosotros, no es otra cosa que crecer en el conocimiento de nosotros mismos a través de la construcción de sentidos que realizamos en nuestra interacción



con los que comparten con nosotros el vasto continente de la educación.

Bibliografía

Barty, 2004

Jung, 1930

Erikson, 1984

Bruner, J.

1996. *The Culture of Education*. Cambridge, MA: Harvard University Press..

Cowan, J.

2001. *A Mapmaker's Dream: The Meditations of Fra Mauro, Cartographer to the Court of*

Venice. Nueva York: Warner Books.

Demertio, D.

2003. *L'età Adulta. Teorie dell'identità e pedagogie dello sviluppo*. Roma:

Carocci Editore.

Kessler, R.

2000. *The Soul of Education. Helping students find connection, compassion and character at school*. Alexandria, VI: ASCD.

Pineau G. Le Grand, J.

2003. *Le Storie di Vita*. Milano: Edizioni Angelo Guerini e Associati.

Ricoeur, P.

2002. *Sé come un altro*. Milano: Editoriale Jaca Book.



En el sotobosque. 80 x 108 cm

